



estadio

S IEMPRE se piensa que los corredores de automóviles de poca experiencia, los nuevos, son individuos impetuosos, rompedores de coches, jóvenes que no se preocupan de otra cosa que de meter el pie en el acelerador y correr hasta donde se les revienta la máquina... o vuelquen. Es el tipo clásico de los debutantes, cuando tienen coraje, se comprende.

Pues bien, Nemesio Ravera, ganador del último Circuito Macul, es muy diferente. No se ajusta al molde clásico de los novicios. Ya lo había comprendido yo al verlo actuar las dos veces que lo hizo. Advertía cierto cálculo en él, sobre todo en esa carrera que le ganó al argentino Cussac. Pero el retrato no estaba completo, era apenas un esbozo. Más bien lo vine a conocer de veras en su oficina —de dos metros cuadrados—, hace unos días.

Ravera jamás ha pensado en ir a una carrera "a la diabla", a lo que salga. Es un estudioso y un volante consciente. Exigirá a fondo su máquina cuando sea necesario, pero irá siempre con pies de plomo.

Pero es mejor que les cuente la historia completa. La del piloto y la de su máquina. Escuchen:

Ravera tiene en automovilismo una gran "experiencia visual". Jamás se ha perdido un circuito, jamás dejó de estar a la orilla del camino en las pruebas largas de ruta. Observando, aprendiendo. Y cuando ya vió mucho, decidió correr él también. En Osorno adquirió un Ford 39, dispuesto a transformarlo en máquina de carrera. Pero como no sabe de mecánica, nada más que lo elemental para manejar y salvarse de "pannes" corrientes, encomendó la preparación del coche, a un experto: Bettino Betteti, mecánico de Alta Romeo, que había llegado a Chile, hacía unos meses. Y le dió carta blanca, ni siquiera le hizo la menor insinuación. Ravera quería una máquina resistente y veloz. Betteti hizo traer un equipo Edelbroock, uno de esos que los argentinos llaman "carter seco", y varias cosas más, indispensables. Betteti, entonces, comenzó a trabajar. A conciencia, preparando pieza por pieza, haciendo de nuevo el aparato, ésa es la verdad. Llegó el momento: el Circuito de Las Tres Provincias, y en ese instante apareció el hombre sereno y estudioso, el que nada quiere dejar a la casualidad, el calculador, que es Nemesio Ravera. Fué al camino y lo estudió, metro por metro.

Con la misma minuciosidad que el mecánico fabricó la máquina, Ravera estudió la ruta. Tuve en mis manos sus apuntes. Algo grande, créanmelo. Allí están anotados todos los detalles del camino, las distancias, las curvas, los más pequeños baches, las partes donde se puede correr fuerte y aquellas en las que es necesario irse con cuidado. Largas cintas de papel enrolladas en cilindros de madera, fáciles de consultar durante la prueba. Eliminando hasta donde se pueda el azar. Calculando todo lo que se puede calcular. Iba a correr por primera vez y esperaba dar una sorpresa. Sólo que inconvenientes imposibles de prever lo dejaron a pie y tuvo que borrarse de los inscritos.

Más tarde se anotó en el Kilómetro Lanzado sólo con el ánimo de cronometrar la máquina, para saber lo que se le podía exigir en un momento dado. Y ganó, en empate con Kovacs.

Nunca se pensó que Ravera pudiera ganar, cuando ganó. Es que a nadie se le ocurrió estudiar la faena que cumplió él en su debut, en la carrera que ganó Oscar Gálvez. Hasta la novena vuelta, cuando se presentó una falla que lo dejó fuera de opción, iba ubicado espléndidamente, tercero o cuarto, en la clasificación. Como para



CALCULADOR

Pese a ser un novicio, Nemesio Ravera es un volante sereno y estudioso.

pensar en que, más adelante, podría estar entreverado con los mejores. Tal como sucedió en su segundo intento.

Es calculador, es frío y tranquilo. Apasionado, como es, por las grandes velocidades, por la competición deportiva, pisa terreno firme. Sabía que bastaba con clasificarse,

en las series, y corrió sin apremio. Hasta atrasó el motor, en esa oportunidad. Pero tuvo oportunidad de sacar provecho de esas diez vueltas iniciales. Creía que Cussac iba a ser uno de los más difíciles, y, cuando éste trató de pasarlo, en la serie, aprovechó la ocasión. Aceleró, exigió al rival, lo obligó a correr fuerte. Así, mano a mano, corrió con él, un par de vueltas. Lo suficiente para tener la seguridad de que, en el match de fondo, podría superarlo, de correr a correr. Entonces, lo dejó pasar.

—Tuve mucha suerte —dice, recordando su triunfo—. El coche fué un reloj y no encontré un solo inconveniente. Cuando la lucha quedó circunscrita a Cussac y a mí, yo sabía lo que tenía que hacer. Podía irlo midiendo, porque estaba convencido de que mi máquina corría más que la suya. Por éso me resultó fácil mantenerme en la pelea, tranquilo, corriendo en las rectas y tomando las curvas con suavidad.

Suerte... Pero esa suerte la pueden tener otros, y no les aprovecha. Porque también es necesario tener sólidas muñecas, corazón y un cerebro que está siempre atento a todo. Y que, antes de disputar una prueba, ya la ha estudiado en sus menores detalles.

PANCHO ALSINA.